

## HUNDE EL ARADO DE TU CRUZ...

A Francisco Domínguez

En este pueblo, todos,  
todos, en este pueblo,  
a la tierra se inclinan  
en igualado gesto,  
con la misma actitud,  
con ademán idéntico...

Todos,  
todos en este pueblo,  
sobre el surco se curvan  
con un ardiente allego,  
con un filial impulso,  
con un hondo respeto...

Y yo también, aquí  
—sobre el terrazgo ubérrimo—;  
y yo también, ¿qué soy?, sino el honrado  
y humilde labrador de mis ensueños?

Mas, sobre todos, Tú, Señor.  
Tú, el Celeste Labriego...  
Hunde el arado de tu cruz, Dios mío,  
en mi vivir apelmazado y seco.  
Remueve hasta la entraña  
mi espiritual terreno.  
Y sobre el surco, por tu amor  
abierto,  
arrójame, Señor, tu inagotable  
simiente de luceros.

E. GUTIERREZ ALBELO

## PAGINAS INFANTILES

### LA FAMA (1)



ACE muchos años, en una pequeña aldea, vivía un muchacho que tenía llena de pájaros su deforme y monumental cabeza, a causa de las aventuras y novelas que había leído.

Pues bien, pensando y pensando, un día decidió hacer una pequeña banda de muchacos como él, con el propósito de salir de la aldea y recorrer mundo y criar fama, buena o mala o como fuera.

Sin pérdida de tiempo alguno, comenzó a buscar los elementos que le hacían falta.

Tres amigos íntimos tenía, que por él harían todo aquello que les mandara.

Reunió a los tres y les habló de esta forma:—Si queréis seguirme nos iremos a correr mundo; nos fugaremos de este poblacho en el que siempre se ven las mismas cosas y lo pasaremos en grande.

Mi propósito es el que a continuación os explicaré: Vosotros tres, y conmigo cuatro, formaremos una banda como esas que salen en las novelas, que atracan a los campesinos y a todo bicho viviente. Nos iremos a criar fama, buena o mala, pues eso da lo mismo. Lo importante es hacerse famoso.

Los que quieran ir conmigo que levanten la mano.

Los tres muchachos levantaron la mano, queriendo decir que estaban de acuerdo.

Pues bien, yo seré el jefe. Tú, *Barrigón*, dijo a uno de aquellos tres muchachos que, como su nombre indicaba, tenía una descomunal barriga, serás mi guardaespaldas, pues eres el más fuerte o por lo menos lo pareces. Tú, *Fideo*, dijo al segundo de aquellos, el cual era largo y delgado, serás el encargado de guardar los tesoros de la banda; Y tú, *Atontao*, dijo al tercero, que no andaba muy bien de la cabeza, estarás siempre a mis órdenes. Y añadió rotundo: La banda se llamará «Los cuatro de la fama» y esta noche, cuando dé la primera campanada de las once, todos estaréis aquí. ¿Entendido?

Los tres muchachos dieron un golpe con la cabeza que quería decir que estaban de acuerdo.

Y, efectivamente, a las once de la noche los tres muchachos se encontraban reunidos, marchando poco después de la aldea para no volver más, según ellos.

(1) Nos complacemos en publicar este trabajo para alentar las aficiones literarias de su autor: joven de 15 años que revela precoces aptitudes.

Caminaron durante una legua. Pero *Barrigón*, que, además de ser un tragoncete, se cansaba pronto de andar, no hacía más que decir, en cuanto veía una peña, que por qué no se quedaban allí. Por fin el Jefe asintió, quedándose a dar unas cabezaditas al raso, en lo que restaba de noche, pues era verano y se apetecía.

Cuando llegó la mañana, *Atontao*, a las órdenes directas del Jefe, *Cabezón* por mal nombre, pues que maldita la gracia que le hacía que le nombrasen así, se quedó dormido más de la cuenta dando lugar a que el propio Jefe tuviera que despertarle. Cuando espabilaron el sueño se encontraron llenos de hormigas. Quitáronselas cada uno cuanto pudo y como pudo y acabado este trabajo, que no fué cosa fácil, se planteó el problema de la alimentación. *Barrigón* comenzó a reclamar el desayuno, mas como había fallado en este primer punto la precaución de nuestros arrojados héroes, que no habían llevado nada en consonancia con estas ineludibles necesidades, se prepararon a proporcionárselo a costa de lo ajeno. Todos juntos se dispusieron a encontrar lo que tanta falta les iba haciendo.

No tuvieron que andar mucho, pues, no lejos de donde se hallaban, su suerte les deparó una huerta con unas granadas, y unos membrillos, sobre todo, que a *Barrigón* se le hacía la boca membrillos en lugar de agua.

Saltaron la tapia y se dirigieron hacia aquella bendición de Dios con más denuedo que el Cid contra los moros.

Tan contentos, y comiendo a dos carrillos, se encontraban nuestros amigos. Y, como eran muy educaditos, comían con una mano, y con la otra se guardaban cuanto podían para remediar la falta de previsión anterior.

Pero como ocurre casi siempre que anda uno fuera de lo justo, ocurrió lo que no podía menos de suceder.

Un perrazo, seguido de un hombre, salió de la casa de la huerta en dirección a donde ellos estaban, sin que nuestros salteadores tuvieran sospecha de su infortunio.

Como es sabido, todos los perros tienen un magnífico olfato y aquél no iba a ser una excepción aunque se tratara de la temerosa banda de «Los cuatro de la fama», por lo que dió a su amo bien pronto la alarma de la incursión de aquellos foragidos.

Desde luego, oír el primer ladrido y salir corriendo, el que pudo, todo fué una misma cosa.

Pero, como siempre alguno tiene que salir perdiendo, el pobre *Barrigón* que, a causa del buen desayuno que se había tomado, no pudo llegar a tiempo de saltar la pared, fué ahora el pagano. El perro le agarró por la culera obligándole a bajar más que de prisa mientras sus compañeros se daban a la fuga.

Esto no fué lo peor, pues el amo del perro, al ver que el animal había hecho blanco, se dirigió al lugar del suceso a ajustarle las cuentas al ladronzuelo. Mientras tanto, el pobre *Barrigón* intentaba en vano soltarse de los dientes del terrible can.

Cuando llegó el hortelano se armó allí la de San Quintín. Agarró al pobre *Barrigón* por lo que quedaba de su desbaratada cha-

queta y comenzó a acariciarle las partes más blandas de su cuerpo con notable energía.

Tan activo anduvo el hortelano, que si el muchacho no llega a tener dentro de la barriga tanto mascado membrillo, allí hubiera sido su fin.

Al cabo le soltó con lo que el mártir salió corriendo todo lo que sus fuerzas le permitían, hasta encontrarse con sus compañeros de fatigas, lo que no le resultó nada fácil pues tanto habían corrido que a poco le dan la vuelta al mundo. Cuando dió con ellos, después de contarles lo que le había sucedido, le hicieron una cura de urgencia lo mejor que pudieron y sabían.

Teniendo en cuenta el lamentable estado del pobre gordito, tuvieron que hacer larga estancia de reposo debajo de una encina que daba fresca sombra no muy lejos de un camino de carros.

Tumbados en el suelo estaban, cuando, de pronto, a *Fideo* le entró una gran sed y comenzó a lamentarse de ella, con lo que contagió a los demás.

El Jefe decidió que *Atontao* fuera a buscar agua. No le quedó a éste más remedio que obedecer y salió con las narices pegadas a la tierra, rastreando como un pachón.

Después de largo espacio, volvió nuestro hombre, más seco que una paja y con una lengua que no le cabía en la boca dijo a *Cabezón*: Jefe, yo no encuentro agua y eso que la he buscado hasta debajo de las piedras, ¡maldita sea! Y cayó como un trapo junto a una retama.

Todos comenzaron a pasarse la lengua por los labios como si se hicieran burla. La tenían más áspera que una lija.

*Fideo* dijo que él había oído a su abuelo que para la sed lo mejor era meterse una piedrecita en la boca. No había terminado de decirlo cuando cada uno tenía la suya dando vueltas por entre los dientes como badajo de campanillo.

Pero a *Barrigón* le corrió una hormiga por el cogote y creyendo él que era un tigre, pegó un respingo, lanzó un grito y se le atragantó la piedra en el gañote que por poco se ahoga. Menos mal que tenía buenas tragaderas y le pasó para dentro por más que él y sus compañeros hicieron lo posible por echarla fuera.

Cuando se sosegaron, tuvieron consejo y acordaron correr todos la misma suerte y salir juntos en busca de lo que tanto necesitaban.

Caminaron durante un buen rato hasta que *Fideo*, el que más oteaba de todos, dió la voz de: ¡Pozo a la vista!

Entusiasmados con el hallazgo, tomaron nuevos bríos, y echaron a correr cuanto sus fuerzas les permitían con lo que llegaron al pozo más pronto que lo cuento.

Comenzaron a buscar el caldero de la noria, pues era noria y no pozo como creyeron al principio, pero el caldero no aparecía por ninguna parte a pesar de sus esfuerzos por hallarlo.

En vista de aquello, el Jefe encontró una solución. Por algo le había dado Dios aquella hermosa cabeza.

—Que baje *Atontao* por las piedras que sobresalen del brocal y nos alargue el agua con una boina.

El pobre subordinado no tuvo otro remedio que obedecer y disponerse a bajar, aunque con grave riesgo de su vida.

Con mucho miedo comenzó el descenso y, cuando apenas había empezado, le falló un pie y cayó al agua de cabeza.

No se ahogó porque la noria apenas tenía medio metro de agua, pero bebió tanta que la aborreció para toda la vida.

Gracias a que el Jefe tenía buena molienda y discurrió la manera de sacarlo, no está el pobrecito en el fondo de la noria todavía.

Empalmado los cinturones, consiguieron echarle un cable y sacarlo a tierra firme con todo el agua que, por dentro y por fuera, le proporcionó su aterrizaje forzoso.

Lamiendo las empapadas ropas, pudieron mitigar en parte su sed aquellos beneméritos salvadores de náufragos. Pero nada de mayor sustancia pudieron encontrar en lo que quedaba de día.

Y llegaba la noche, que era lo peor. Anda que te anda, dieron con un cobertizo y allí se metieron y acurrucaron en un rincón.

De pronto, *Barrigón* comenzó a tiritar mientras señalaba con la mano como si hubiera perdido el habla. De la oscura noche se acercaban dos puntos brillantes que avanzaban sin ruido como dos fantasmas encendidos. Un rugido tremendo les puso los pelos de punta. Con un salto difícil salieron de su agujero corriendo como desesperados mientras el gato, que no era otra la fiera, se apartaba bufando del camino de aquellos cuatro huracanes.

Dando tumbos y batacazos, tanto corrieron, y sin mirar por donde iban que, sin ellos darse cuenta, llegaron a las afueras de un pequeño pueblecito.

Tan rendidos iban y tanto miedo llevaban que cayeron como leños en el suelo muertos de sueño y fatiga.

A la mañana siguiente, cuando despuntaba el sol, una pareja de la Guardia Civil que acertó a pasar por allí, se encontró aún dormidos a los cuatro muchachos; los cuatro miembros de la banda que quiso ser célebre. Uno de los guardias dijo al otro:—¿Pero no son estos los cuatro muchachos que hace dos días busca el pueblo entero por todas partes?

—Claro que sí,—respondió el compañero.—Llévémosles a sus casas para que les den lo que merecen, que no es poco.

Gracias a que la tierra es redonda no se perdieron para siempre aquellos cuatro esclarecidos varones que, como Sebastián Elcano, volvieron tras largo camino, al punto de donde los sacó su arrojo y espíritu aventurero.

Han pasado ya muchos días y *Barrigón* no ha podido verse aún libre de la peladilla que se tragó, en mala hora, bajo la sombra de aquella encina.

MIGUEL CANAL

## EL PANELENIÓ

SONETO

Recinto sacro a Jove: está en Egina

Lleno de gloria y lleno de grandeza,

Cuna de los Eácidas, cabeza

Del hormiguero humano de una encina.

Lo celebra la Acaya, la divina

Atica, la cadmea fortaleza

La Tesalia y la Etolia, y con firmeza

Teucro lo trajo aquí de Salamina.

Errante de su patria el Telamonio

Cruzó el divino mar, y en la apartada

Iberia con su gente lo encontramos.

En Salmántica obtuvo el patrimonio;

Por eso celebramos su llegada

Y en hermoso poema lo cantamos.

MARIO GASPÁR

HELÉNIDES